

Intervención social, capital relacional y políticas públicas

conversación de Fernando Fantova con el equipo de la Fundación Social Ignacio Ellacuría sobre el carácter universal, relacional y estructural de la intervención social

(24 de febrero de 2014)

La intervención social, históricamente, se ha pensado y realizado en muchas ocasiones con personas en tanto que pertenecientes (o consideradas exclusiva o principalmente como pertenecientes) a segmentos o colectivos poblacionales en riesgo o situación de discriminación o exclusión social. Sin embargo, en su evolución, progresivamente, ha ido comprendiendo que las claves de intervención con dichas poblaciones (supuestamente especiales y diferentes entre sí) eran las mismas y que eran, en realidad, valiosas y útiles para todo el mundo.

Todas podemos participar y beneficiarnos de proyectos y procesos de intervención social y podemos hacerlo en tanto que personas, con toda nuestra complejidad y diversidad pero sin necesidad de encuadrarnos en un determinado colectivo. Esto no quiere decir que no sepamos que, en muchos momentos y contextos, esa agregación o colectivización ha representado un paso positivo y una oportunidad vital para muchas personas. El problema (para las personas y para las organizaciones que quieren implicarse en su defensa, acompañamiento o atención) es quedarse *congeladas* ahí, *solidificarse* en esa segmentación que fácilmente conlleva estigmatización y segregación.

Lo que busca la intervención social es, fundamentalmente, apoyar, acompañar y potenciar nuestra autonomía como personas y, a la vez, reforzar nuestro capital relacional, es decir, el patrimonio de vínculos con los que contamos y en

los que podemos confiar razonablemente como fuente de apoyo, cuidado, orientación, afecto... Capital social *vínculo* (con las personas más próximas), *punte* (con otras más diversas) y *acceso* (a las instituciones formales). Autonomía personal y capital relacional son las dos caras de una misma moneda. La apertura a la diversidad entre las personas y la búsqueda de la cooperación solidaria se pueden potenciar mutuamente. Apostamos, por tanto, con base en el conocimiento, la evidencia y el consenso de la comunidad de aprendizaje dedicada a la intervención social, por una intervención de proximidad que abra constantemente puertas y ventanas para modificar entornos, discursos, oportunidades, estructuras...

No podemos permitirnos, no debemos permitir regresiones metodológicas, no podemos volver a modelos obsoletos de intervención social y revestir el asistencialismo o el paternalismo con una capa de marketing social. Optamos por una intervención social en clave de acompañamiento, en la que quien acompaña y quien es acompañado tienen posiciones y roles distintos pero igual dignidad y ciudadanía.

El enfoque comunitario en la intervención social es el que subraya la importancia de los vínculos relacionales de carácter informal. Hay que ser conscientes, sin embargo, de que las familias y comunidades también tienen sus riesgos (control social, identidades excluyentes, clausura autorreferencial...) para las personas. Por eso dice Enrique Gil Calvo que con el capital social pasa como con el colesterol (que hay del bueno y del malo). De ahí la necesidad de combinar enfoque comunitario con otros enfoques: gestión de la diversidad, perspectiva (de cambio) estructural, ciudadanía universal...

La intervención con las personas en ocasiones es individual (por ejemplo, entrevista de acogida) y a veces es en grupo (por ejemplo, taller formativo). Tanto cuando trabajamos individualmente como cuando lo hacemos grupalmente (decisión de carácter instrumental) podemos trabajar por el capital social y con enfoque comunitario. Por otro lado, la intervención social ha

aprendido hace tiempo que ese equilibrio y sinergia entre la autonomía personal y la integración relacional no puede vivirse y construirse en el espacio microsical si no es en el contexto de un Estado democrático en el que se ejerza la ciudadanía social. En el espacio macrosical las dos caras de la moneda se llaman, posiblemente, virtud republicana y garantía de derechos.

Así pues, la intervención social que busca la proximidad y el acompañamiento en los procesos de inclusión social de las personas de carne y hueso en sus vidas cotidianas y en las redes comunitarias necesita de las estructuras y espacios públicos que garantizan derechos universales a todas las personas. Capital relacional y ciudadanía social se necesitan mutuamente, se buscan, se encuentran, se potencian entre sí, si los agentes de la intervención social tenemos una mirada suficientemente abarcadora y hacemos diagnósticos y propuestas (basadas en la evidencia y el conocimiento) conscientes de la dimensión cívica y, finalmente, estructural de la intervención social.

Se supone que hay cosas que hace mejor el tercer sector que otros (mercantil, público): lo que tiene que ver con la gestión de bienes comunes, de activos valiosos para todo el mundo de fuerte base o raíz relacional y en clave de innovación social... Pero eso hay que demostrarlo. Las organizaciones del tercer sector (como cualquier otra) están llamadas a vivir y practicar internamente los valores que intentan promover en la sociedad: participación activa, actitud inclusiva... Una organización no puede proporcionar a sus personas destinatarias lo que no es capaz de producir: si está desvinculada de las instituciones no podrá proporcionar inclusión formal; si no es participativa, no podrá desencadenar participación...

La suerte de la gente más vulnerable, hoy y aquí, depende en buena medida del fortalecimiento de redes familiares y comunitarias abiertas y heterogéneas, de la intervención de entidades voluntarias capaces de gestionar bienes comunes y espacios de responsabilidad compartida y de políticas públicas que garanticen derechos iguales para todas las personas. Algunas organizaciones

del tercer sector *se perdieron* en el viaje y quedaron como meras gestoras de servicios financiados por la Administración en dinámicas a veces clientelares y, en todo caso, fácilmente reemplazables por otro proveedor (sin o con ánimo de lucro). Mientras tanto, en la comunidad, desde sufrimientos y preocupaciones cotidianas (el desempleo, la pobreza energética, los desahucios, la soberanía alimentaria, los cuidados, el transporte...) surgen iniciativas de gestión de bienes comunes y autogestión comunitaria que enarbolan reivindicaciones políticas y confrontan a las instituciones.

Si las organizaciones del tercer sector, de la iniciativa social queremos encontrar nuestro sitio habrá de ser, bebiendo de nuestro propio pozo (que diría Gustavo Gutiérrez) y articulando creativamente las diferentes *cadena de valor*: la que entrega acompañamiento a las personas, la que entrega valores a la ciudadanía, la que entrega propuesta a la Administración, la que entrega trayectorias con sentido a su personal, la que entrega conocimiento a las redes de aprendizaje... En la figura de Ignacio Ellacuría, cuyo nombre compromete, vemos una síntesis admirable entre la encarnación en los sufrimientos y la vida cotidiana de la gente y la capacidad de construir un discurso y un posicionamiento con impacto estructural. Hacerse cargo de la realidad, cargar con la realidad y encargarse de la realidad.